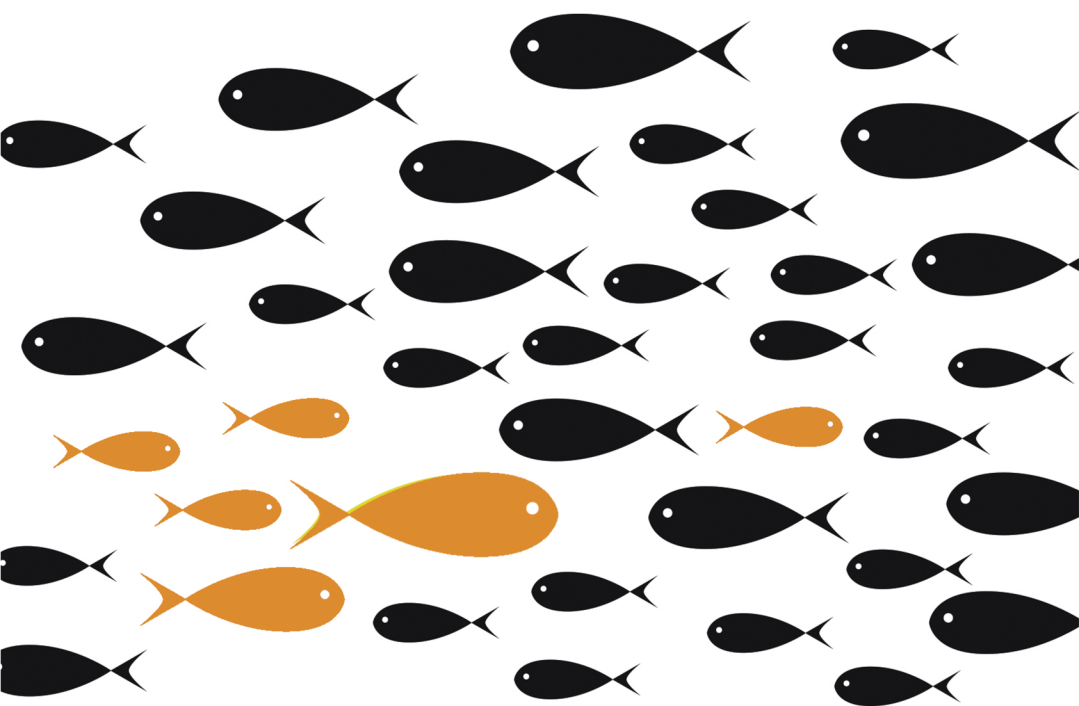


NUEVO TESTAMENTO



Los
LIBROS DE LA BIBLIA

NUEVA VERSIÓN INTERNACIONAL

LA HISTORIA DE LA IGLESIA DE JESÚS Y DE SU REGRESO

MUESTRA GRATIS
PROHIBIDA SU VENTA

Los libros de la Biblia: El Nuevo Testamento

Copyright © 2019 por Biblica, Inc.®

Usado con permiso. Todos los derechos reservados en todo el mundo.

Published in English under the title:

The Books of the Bible™ New Testament

Copyright 2011 by Biblica, Inc.®. Used by permission. All rights reserved worldwide.

Nueva Versión Internacional® NVI®

Copyright © 1999, 2015 por Biblica, Inc.®

Usada con permiso de Biblica, Inc.® Todos los derechos reservados en todo el mundo.

Publicado por Editorial Vida

501 Nelson Place, Nashville, Tennessee. 37214

www.Biblia-NVI.com

Notas de *El drama de la Biblia en seis actos* copyright ©2011 por Biblica, Inc.® Usadas con permiso. Todos los derechos reservados en todo el mundo. Ninguna parte de *El drama de la Biblia en seis actos* puede ser reproducida sin autorización escrita de Biblica, Inc.®

El programa *Experiencia Bíblica en Comunidad* y las ediciones de *Los libros de la Biblia* fueron desarrollados por Biblica, Inc.®

El texto de la NVI puede citarse de cualquier forma (escrita, visual, electrónica o audible), incluso hasta quinientos (500) versículos sin permiso escrito de los editores, siempre que los versículos citados no sean un libro completo de la Biblia ni tampoco el veinticinco por ciento (25%) o más del total de la obra en la que se citan. La solicitud de permiso que exceda las pautas mencionadas se debe dirigir a y recibir aprobación por escrito de Biblica, Inc.®, 1820 Jet Stream Drive, Colorado Springs, CO 80921, EE.UU. Biblica.com

La mención de la propiedad literaria debe aparecer en la página del título o en la página de derechos de la manera que sigue:

Texto bíblico tomado de La Santa Biblia, Nueva Versión Internacional® NVI®

Copyright © 1999, 2015 por Biblica, Inc.®

Usado con permiso de Biblica, Inc.® Reservados todos los derechos en todo el mundo.

La «NVI» y la «Nueva Versión Internacional» son marcas registradas en las oficinas de Patentes y Marcas de Estados Unidos de América por Biblica, Inc.®

Cuando una iglesia local emplea citas de la NVI en medios informativos no lucrativos, tales como boletines de la iglesia, programas de reuniones, carteles, transparencias y otros materiales similares, no es necesario citar los derechos reservados de forma total, sino usarse las iniciales (NVI) al final de cada cita.

Cualquier comentario bíblico u obra de referencia desarrollado con fines comerciales y que usa el texto de la NVI® debe obtener permiso por escrito para el uso del texto de la NVI®.

Una parte del precio de compra de su Biblia NVI se entrega a Biblica para que juntos apoyemos la misión de *Transformar las vidas por la Palabra de Dios*.



Biblica provee la Palabra de Dios a la gente mediante la traducción y publicación de la Biblia y mediante la participación con la Biblia en África, Asia-Pacífico, Europa, América Latina, Medio Oriente, América del Norte y el Sur Asiático. A través de su alcance a nivel mundial, Biblica comparte con las personas la Palabra de Dios para que sus vidas sean transformadas mediante una relación con Jesucristo.

El texto de este libro utiliza la tipografía *Zondervan NIV*, creada por el taller tipográfico 2K/DENMARK.

Todos los derechos reservados.

ISBN: 978-0-8297-6890-9

Impreso en Estados Unidos de América.

Printed in The United States of America.

EL DRAMA DE LA BIBLIA EN SEIS ACTOS

La Biblia es una colección de cartas, poemas, historias, visiones, oráculos proféticos, sabiduría y otras clases de escritos. El primer paso para una buena lectura y comprensión de la Biblia es acercarse a esta colección de volúmenes como las diversas clases de escritos que son, y leerlos como libros completos. Te animamos a leer en grande, a no tomar simplemente pequeños fragmentos de la Biblia. Las introducciones al comienzo de cada libro te ayudarán a hacerlo.

«Siempre he pensado
en la vida como una historia
en primer lugar: y si hay
una historia, tiene que
haber un narrador».

G. K. Chesterton

Pero es también importante no mirar la Biblia como si fuera una colección de escritos sin ninguna relación entre sí. En general, la Biblia es una narración. Estos libros se unen para contar la verdadera historia de Dios y su plan para enderezar de nuevo al mundo. Esta historia de la Biblia

se desarrolla naturalmente en seis actos principales, que se resumen brevemente a continuación.

Pero incluso de manera más precisa, podemos decir que la historia de la Biblia es un drama. La clave del drama es que tiene que actuar, representarse, vivirse. No puede quedar solamente como palabras escritas en una página. El drama es una historia en acción. La Biblia se escribió para que pudiéramos entrar en su historia. Significa que debe vivirse.

Todos nosotros, sin excepción, vivimos nuestras vidas como si se tratara de un drama. Estamos en la escena todos los días. ¿Qué diremos? ¿Qué haremos? ¿En cuál de las historias viviremos? Si no respondemos a estas preguntas con el libreto bíblico, seguiremos otro. No podemos evitar vivir de acuerdo con las instrucciones escénicas de otro, incluso si son meramente nuestras propias instrucciones.

Por esta razón, otra clave para aproximarnos bien a la Biblia es reconocer que su historia no ha terminado. La acción salvadora de Dios continúa. Todos estamos invitados a asumir nuestros roles en esta historia actual de redención y nueva creación. Entonces, acojamos el drama de la Biblia. Bienvenido a la historia de cómo Dios quiere renovar tu vida

y la vida del mundo. El mismo Dios te está llamando para que te acerques a él e interacciones con su Palabra.

ACTO 1: LA INTENCIÓN DE DIOS



El drama se inicia (en las primeras páginas del libro de Génesis) con Dios en el escenario creando un mundo. Crea al hombre y a la mujer, Adán y Eva, y los coloca en el Jardín del Edén para que lo trabajen y lo cuiden. La tierra es creada para que sea la casa, el hogar de ellos. Dios quiere que la humanidad viva en una relación cercana, íntima con él y en armonía con el resto de la creación que la rodea.

En un pasaje asombroso, la Biblia nos cuenta que los seres humanos son la imagen de Dios, creados para participar en la tarea de llevar el gobierno sabio y beneficioso de Dios al resto del mundo. Hombre y mujer juntos, somos seres humanos significativos que tomamos decisiones y moldeamos el mundo. Esta es nuestra vocación, es nuestro propósito según la historia bíblica los define.

Otra parte igualmente asombrosa del Acto 1 es la descripción de un Dios que llega al jardín para convivir con los primeros seres humanos. La tierra no es solo el lugar que Dios quiso para la humanidad, sino que Dios mismo hace de la hermosa y nueva creación, su propio hogar. Reside en él como si fuera su templo.

Luego Dios hace su propia evaluación de toda la creación: *Y vio Dios todo lo que había hecho, y he aquí que era bueno en gran manera.* El Acto 1 revela el deseo original de Dios para el mundo. Nos muestra que la vida misma es un regalo del Creador. Nos dice para qué fuimos hechos y prepara el escenario de toda la acción que sigue.

ACTO 2: EL EXILIO



La tensión y el conflicto se introducen en la historia cuando Adán y Eva deciden seguir su propio camino y descubrir su propia sabiduría. Escuchan la voz engañadora del enemigo de Dios, Satanás, y dudan de la credibilidad de Dios. Deciden vivir apartados de la palabra que el mismo Dios les ha dado. Deciden crearse su propia ley.

La desobediencia de Adán y Eva —la introducción del pecado en nuestro mundo— se presenta en la Biblia como un hecho de consecuencias devastadoras. Los seres humanos fueron creados para mantener una relación íntima y saludable con Dios, con ellos entre sí y con el resto de la creación. Pero ahora la humanidad debe vivir el rompimiento de todas estas relaciones y, en consecuencia, con la vergüenza, la desolación, el dolor, la soledad... y la muerte.

El cielo y la tierra —el dominio de Dios y el dominio nuestro— estaban destinados a permanecer unidos. Dios deseaba claramente desde el principio vivir con nosotros en el mundo que había creado. Pero ahora Dios está escondido. Ahora es posible estar en nuestro mundo sin conocerlo a él, sin experimentar su presencia, ni seguir sus caminos, ni vivir en gratitud.

El resultado de esta rebelión da origen al primer exilio de la historia. A los seres humanos se los aleja de la presencia de Dios. Sus descendientes a lo largo de la historia buscarán la manera de regresar a la fuente de la vida. Inventarán toda clase de filosofías y religiones tratando de darle sentido al mundo caído, no obstante memorable. Pero ahora la muerte los acecha, y descubrirán que no pueden escaparse de ella. Por haber tratado de vivir lejos de Dios y de su sabia palabra, los seres humanos descubrirán que ni tienen a Dios, ni tienen vida.

Nuevas preguntas surgen en la historia: ¿Podrá removerse la maldición que pesa sobre la creación y restaurarse la relación de Dios con la humanidad? ¿Pueden los cielos y la tierra unirse de nuevo? ¿O pudieron los enemigos de Dios terminar eficientemente el plan y subvertir la historia?

ACTO 3: EL LLAMAMIENTO DE ISRAEL A UNA MISIÓN



Vemos la dirección del plan redentor de Dios cuando llama a Abraham y le promete que hará de él una nación grande. Dios estrecha su enfoque y se concentra en un grupo de gente. Pero el objetivo último sigue siendo el mismo: bendecir a todos los pueblos de la tierra y remover la maldición que pesa sobre la creación.

Cuando los descendientes de Abraham son esclavizados en Egipto, se establece un patrón central en la historia: Dios escucha los clamores de ayuda y viene a liberarlos. Luego hace un pacto con esta nueva nación de Israel en el monte Sinaí. Dios llama a Israel para que sea la luz de las naciones y le muestre al mundo lo que significa seguir la forma de vida que Dios quiere. Si lo hacen así, los bendecirá en la nueva tierra y vendrá a vivir con ellos.

Sin embargo, Dios les advierte que si no son fieles al pacto, los echará tal como lo hizo con Adán y Eva. A pesar de las repetidas advertencias por medio de sus profetas, Israel parece empeñado en quebrantar el pacto. Por eso Dios abandona el santo templo —el símbolo de su presencia en medio de su pueblo—, y los invasores paganos lo destruyen. La capital de Israel, la ciudad de Jerusalén, es saqueada e incendiada.

Los descendientes de Abraham, escogidos para enmendar el fracaso de Adán, ahora parecen haber fracasado también. El problema que esto plantea en la historia bíblica es profundo. Israel, enviado como la respuesta divina a la caída de Adán, no puede escaparse del pecado

de Adán. Dios, no obstante, es fiel a su pueblo y a su plan, y planta la semilla con un desenlace diferente. Dios promete enviar un nuevo rey, un descendiente del rey David, quien conducirá a Israel de nuevo a su destino. Los mismos profetas que advirtieron a Israel de sus transgresiones, también prometen que las buenas noticias de la victoria de Dios se oirán nuevamente en Israel.

El Acto 3 termina trágicamente con un Dios aparentemente ausente y con las naciones paganas que gobiernan a Israel. Pero la esperanza de la promesa permanece. Hay un Dios verdadero. Él ha escogido a Israel, y volverá a su pueblo para vivir de nuevo en medio de él. Será el portador de justicia, paz y sanidad para Israel, y luego para el mundo. Esto lo hará en una forma final y apoteósica. Dios enviará a su Ungido, el Mesías. Él dio su palabra.

ACTO 4: LA VICTORIA SORPRENDENTE DE JESÚS



«Él es el dios que se ha manifestado... el salvador universal de la vida humana». Estas palabras, con alusión a César Augusto (descubiertas en una inscripción romana del año 4 A.C. en Éfeso), eran el evangelio del imperio romano. Esta versión de las buenas nuevas anuncia que César es el

señor que trae la paz y la prosperidad al mundo.

En este imperio nace el hijo de David, que anuncia el evangelio del reino de Dios. Jesús de Nazaret trae las buenas nuevas de la venida del reinado de Dios. Comienza a mostrar cómo es la nueva creación de Dios. Anuncia el fin del exilio de Israel y el perdón de los pecados. Sana a los enfermos y resucita a los muertos. Triunfa sobre los poderes tenebrosos de la oscuridad. Acoge a los pecadores y a los que son considerados impuros. Jesús renueva a la nación al reconstruir las doce tribus de Israel a su alrededor de manera simbólica.

Pero los líderes de la religión establecida se sienten amenazados por Jesús y su reino, y por eso se lo llevan al gobernador romano. En la misma semana en que los judíos recordaban y celebraban la Pascua —cuando Dios en la antigüedad rescató a su pueblo de la esclavitud en Egipto—, los romanos clavan a Jesús en una cruz y lo matan acusándolo de ser un rey falso.

Pero la Biblia dice que su derrota es en realidad la victoria más grande de Dios. ¿Cómo? Jesús voluntariamente entrega su vida en sacrificio en nombre de la nación, en nombre del mundo. Jesús toma sobre sí toda la fuerza del mal y le anula su poder. De esta manera sorprendente Jesús lucha y gana la última batalla de Israel. Roma nunca fue el verdadero enemigo; lo fueron los poderes espirituales detrás de Roma y de todos los reinos que tienen a la muerte como arma. Con su sangre, Jesús paga el precio y reconcilia todo lo que está en el cielo y en la tierra con Dios.

Dios entonces declara públicamente esta victoria al cambiar la sentencia de muerte de Jesús y resucitarlo. La resurrección del rey de Israel demuestra que los grandes enemigos de la creación de Dios —el pecado y la muerte— verdaderamente han sido derrotados. La resurrección es la gran señal de que la nueva creación ha comenzado.

Jesús es el cumplimiento de la historia de Israel y el nuevo comienzo para toda la raza humana. La muerte vino a través del primer hombre, Adán. La resurrección de la muerte viene a través del nuevo hombre, Jesús. La intención original de Dios ya está redimida.

ACTO 5: EL PUEBLO RENOVADO DE DIOS



Si la victoria clave ya está asegurada, ¿por qué entonces hay un Acto 5? La respuesta es que Dios quiere que la victoria de Jesús se esparza por todas las naciones del mundo. El Jesús resucitado les dice a sus discípulos: *«¡La paz sea con ustedes! Como el Padre me envió a mí, así yo los envío a ustedes»*. Este nuevo acto del drama cuenta la historia de cómo los primeros seguidores de Jesús comenzaron a difundir las buenas nuevas del reino de Dios.

Según el Nuevo Testamento, todos los que pertenecen al Mesías de Israel son hijos de Abraham, herederos tanto de las promesas antiguas como de la misión antigua. La tarea de llevarles la bendición a los pueblos del mundo le ha sido encomendada de nuevo a la familia de Abraham. Su misión es la de vivir el mensaje liberador de las buenas nuevas del reino de Dios.

Dios está congregando a los pueblos de todo el mundo y constituyéndolos en asambleas de seguidores de Jesús: su iglesia. Juntos conforman el nuevo templo de Dios, el lugar donde su Espíritu vive. Son la comunidad de los que se han comprometido con Jesús como el verdadero Señor del mundo. Son los que ya cruzaron de la muerte a la nueva vida mediante el poder del Espíritu de Dios, y demuestran el amor de Dios traspasando las fronteras comunes de raza, clase, tribu y nación.

El perdón de los pecados y la reconciliación con Dios ya se pueden anunciar a todo el mundo. Siguiendo los pasos de Jesús, sus seguidores proclaman este evangelio del reino con palabras y con hechos. El poder de esta nueva vida dada por Dios, que irrumpe en el mundo, es para demostrarse con acciones del mundo real de la comunidad cristiana. El mensaje, sin embargo, también conlleva una advertencia. Cuando el Mesías vuelva otra vez, lo hará en calidad de legítimo juez del mundo.

La Biblia es la historia de la lucha central que se abre paso a lo largo de la historia del mundo. Y ahora la historia se traslada justo a nuestro propio tiempo, envolviéndonos a todos en su drama.

Por eso nos vemos confrontados por el reto de una decisión. ¿Qué haremos? ¿Cómo encajaremos en esta historia? ¿Qué función desempeñaremos? Dios nos invita a ser parte de su misión de recreación: de llevar restauración, sanidad, justicia y perdón. Debemos unirnos a la tarea de hacer las cosas nuevas, de ser una señal viviente de lo que ha de venir cuando el drama llegue a su culminación.

ACTO 6: DIOS VIENE A CASA



El futuro de Dios ha llegado a nuestro mundo mediante la obra de Jesús, el Mesías. Pero, por ahora, la actual edad del mal también continúa. La transgresión, la maldad, la enfermedad e incluso la muerte siguen su curso. Vivimos en la época del traslape de las edades, el tiempo intermedio. El Acto final se acerca, pero no ha llegado todavía.

Vivimos en la época de la invitación, cuando el llamado del evangelio es para toda criatura. Por supuesto, muchos todavía viven como si Dios no existiera. No reconocen el reinado del Mesías. Pero llegará el día cuando Jesús regresará a la tierra y el reino de Dios será una realidad incuestionable en todo el mundo.

La presencia de Dios con nosotros se hará plena y abiertamente de nuevo, como lo fuera al principio del drama. El plan de redención de Dios cumplirá su objetivo. La creación experimentará su propio Éxodo y encontrará la liberación de la esclavitud de la corrupción. El dolor y las lágrimas, la culpa y la vergüenza, el sufrimiento y la muerte dejarán de existir.

Cuando llegue el día de la resurrección, el pueblo de Dios se dará cuenta de que su esperanza se ha cumplido. La fuerza dinámica de una vida indestructible recorrerá sus cuerpos. Facultados por el Espíritu y sin las ataduras del pecado y de la muerte, iremos en busca de nuestra vocación original como humanidad renovada. Seremos forjadores de cultura, bajo Dios pero sobre el mundo. Al haber sido hechos de nuevo a la imagen de Cristo, ahora participaremos en la tarea de llevar su sabio y esmerado reinado a la tierra.

En el centro de todo estará el mismo Dios. Él regresará y habitará con nosotros, esta vez en un cielo nuevo y una tierra nueva. Nosotros, junto con el resto de la creación, lo adoraremos con perfección y cumpliremos nuestro verdadero llamado. Dios estará a plenitud en todo, y el mundo entero se llenará de su gloria.

¿Y QUÉ SIGUE AHORA?

La visión de conjunto anterior del drama de la Biblia sirve de estructura para que comiences a leer los libros que componen la historia. El

resumen que hemos proporcionado es simplemente la invitación para que te acerques a los propios libros sagrados e interacciones con ellos.

La mayoría de la gente hoy sigue la costumbre de leer solamente pequeños fragmentos de la Biblia —versículos— y a menudo aislados de los libros de los cuales son parte. Hacerlo así no ayuda mucho a la buena comprensión de la Biblia. Te animamos para que tomes todos los libros tal como los escribieron sus autores. Esta es realmente la única forma de lograr un buen conocimiento de las Escrituras.

«Profundiza
y lee a lo
grande».

Cuanto más te metas de lleno en el libreto de este drama, mayor será la oportunidad de encontrar tu propio lugar en la historia. La página siguiente, llamada *Vivamos el libreto*, te indicará los próximos pasos que te ayudarán a asumir tu papel en el drama de renovación de la Biblia.

VIVAMOS EL LIBRETO

Desde el principio Dios manifestó claramente que quería que fuéramos actores importantes en su drama. Sin duda, es ante todo la historia de Dios. Pero no podemos sentarnos pasivamente para ver qué sucede. En cada acto o escena vemos cómo él invita a los seres humanos a que participen con él.

He aquí tres pasos clave para que encuentres tu lugar en el drama:

1. MÉTETE DE LLENO EN LA BIBLIA

Si no estamos familiarizados con el texto del drama en sí, no hay probabilidades de que vivamos bien las partes que nos corresponden. Solamente cuando leemos a fondo y extensamente la Biblia, aderezándola y absorbiéndola en nuestras vidas, estaremos preparados para asumir con eficiencia nuestros roles. Cuanto más leamos la Biblia, mejores lectores seremos. En vez de rasguñar la superficie, nos volveremos diestros para interpretar y practicar lo que leemos.

2. HAZ EL COMPROMISO DE SEGUIR A JESÚS

Todos hemos participado en la ruptura y la maldad que apareció en la historia en el Acto 2. La victoria de Jesús en el Acto 4 nos ofrece ahora la oportunidad de que nuestras vidas den un giro. Nuestros pecados pueden ser perdonados. Podemos ser parte de la historia de la nueva creación de Dios.

Apartarnos de nuestra maldad. Dios actuó por medio de la muerte y resurrección del Mesías para ocuparse en forma terminante del pecado, tanto en tu vida como en la vida del mundo. Su muerte fue un sacrificio, y su resurrección, un nuevo comienzo. Reconoce que Jesús es el legítimo soberano del mundo y comprométete a seguirlo y a unirte al pueblo de Dios.

3. VIVE TU PARTE

Los seguidores de Jesús son actores del evangelio en las comunidades locales que viven juntos el drama bíblico, aunque no tenemos un libreto exacto para nuestras frases y acciones en el drama hoy. Nuestra

historia aún no se ha escrito. Y no podemos simplemente repetir frases de los actos anteriores del drama. Entonces, ¿qué hacemos?

Leemos la Biblia para entender lo que Dios ya hizo, especialmente por medio de Jesús, el Mesías, y para saber cómo hacemos que esta historia avance. La Biblia nos ayuda a contestar la pregunta clave acerca de todo lo que decimos y hacemos: ¿Es esta la manera apropiada y conveniente de vivir la historia de Jesús hoy? Es así como ponemos las Escrituras en acción. Las opciones de la vida pueden ser confusas, pero Dios nos entregó su Palabra y nos prometió su Espíritu para guiarnos en el camino. Tú eres la obra de arte de Dios, creado para hacer buenas obras. Que a cambio, tu vida sea un bellissimo regalo para él.

EL DRAMA DE LA BIBLIA:

UNA CRONOLOGÍA VISUAL

ACTO 1



La intención de Dios:
la creación
En el principio...
El libro de Génesis

Las aguas cubren
la tierra
La tierra se había
corrompido a los
ojos de Dios
El libro de Génesis

ACTO 3



El llamamiento de Israel a
una misión: Abraham hacia
2100 A.C.
Todos los pueblos de la
tierra serán bendecidos por
medio de ti.
El libro de Génesis

ADÁN Y EVA

NOÉ

ABRAHAM



ACTO 2

El exilio: la caída por
el pecado
Todos habían pecado...
Carta a los Romanos

El SEÑOR los dispersó
Será mejor que bajemos
a confundir su idioma.
El libro de Génesis

ACTO 4



La sorprendente victoria
de Jesús
Dios el Señor le dará el
trono de David su padre.
Evangelio de Lucas

Jesús muere hacia el 30 D.C.;
a los tres días resucita de
entre los muertos
El Mesías sufrirá y se
levantará de los muertos
al tercer día.
Evangelio de Lucas

JESÚS

Jesús comienza su obra
El reino de Dios está cerca.
Evangelio de Marcos

ACONTECIMIENTOS MUNDIALES

Se construyen las pirámides, 2500 A.C.

El hinduismo cobra influencia en la India, 1100 A.C.

Se funda el budismo en la India, 500 A.C.

Alejandro Magno comienza a reinar, 336 A.C.

China comienza la construcción de la Gran Muralla, 214 A.C.

El auge del Imperio Romano, 27 A.C.



MOISÉS

DAVID



Comienzo del reinado de los Reyes

Tu casa y tu reino para siempre.

El libro de Samuel

Los reyes comienzan a regir hacia el
año 1000 A.C.

Saúl

David

Salomón

El reino exiliado

Israel 722 A.C.

Judá 586 A.C.

**Moisés libera a Israel de
la esclavitud**

Por tu amor inagotable
guiarás al pueblo que has
redimido.

El libro de Éxodo

El reino dividido

**Se reconstruye
el templo**

516 A.C.

En este lugar
concederé la paz
El profeta Hageo

**La Iglesia
hoy**

ACTO 5



El pueblo renovado de Dios
...llamará a todos los gentiles a
la obediencia que proviene de
la fe por el bien de su nombre.
Carta a los Romanos

Dios viene a casa
Después vi «un cielo nuevo
y una tierra nueva».
El Apocalipsis



ACTO 6

UNA GUÍA A LOS LIBROS DEL NUEVO TESTAMENTO

por favor, haz una pausa y ora antes de leer las Escrituras

La edición de *Los libros de la Biblia* presenta el antiguo concepto de los cuatro evangelios de una manera fresca. En esta edición, cada evangelio se coloca al principio de un grupo de libros íntimamente relacionados. De esta manera, los grupos de libros aparecen dando testimonio del único evangelio de Jesús, el Mesías. Esta presentación en forma cruzada del Nuevo Testamento resalta la singularidad de cada voz, al mismo tiempo que preserva la unidad de la colección.

INFORMACIÓN INICIAL

<i>El drama de la Biblia en seis actos</i>	iii
<i>Vivamos el libreto</i>	x
<i>El drama de la Biblia: una cronología visual</i>	xii
<i>Prefacio a Los libros de la Biblia</i>	xvi
<i>Invitación a El Nuevo Testamento</i>	xx
<i>Cartografía de la historia, el escenario del drama</i>	xxiv

INFORMACIÓN SOBRE EL TEXTO BÍBLICO

<i>Acerca de la NVI</i>	483
-------------------------------	-----

PREFACIO A

LOS LIBROS DE LA BIBLIA

La Biblia no es un solo libro. Es una colección de muchos libros que fueron escritos, preservados y agrupados para que pudieran compararse con nuevas generaciones de lectores. Leer, por supuesto, no es un fin en sí mismo. Especialmente cuando se trata de la Biblia, leer es un medio de entrar en la historia. En términos generales, la Biblia es una invitación al lector para que, en primer lugar, vea al mundo en una forma nueva, y luego se convierta en un agente de la renovación del mundo. Leer es un paso en esta jornada. *Los libros de la Biblia* intentan ayudar a los lectores a tener un encuentro más significativo con los escritos sagrados y a leer con mayor comprensión para que puedan ocupar sus lugares más fácilmente en esta historia de la nueva creación.

Así como la Biblia no es un solo libro, la Biblia es más que meras palabras. Quienes escribieron sus libros optaron por colocarlas en formas particulares usando las convenciones literarias apropiadas a esas formas. Muchas clases diversas de escritos se encuentran en la Biblia: poesía, narración, colecciones sapienciales o de sabiduría, cartas, códigos de leyes, visiones apocalípticas y otras. Todas estas formas deben leerse como las lecturas literarias que en realidad son, de lo contrario habrá malas interpretaciones y distorsiones de significado. Para interactuar con el texto en sus propios términos, los buenos lectores deberán honrar el acuerdo entre ellos mismos y los escritores bíblicos que se halla implícito en las selecciones de formas particulares. Los buenos lectores respetarán las convenciones de estas formas. En otras palabras, leerán la poesía como poesía, cantares como cantares, historias como historias, y así sucesivamente.

Infortunadamente, ya desde hace tiempo la Biblia se imprime en un formato que esconde sus formas literarias bajo una máscara de números que rompe el texto en pedacitos y secciones que el autor nunca tuvo en mente. Por eso, la edición *Los libros de la Biblia* trata de presentar los libros en sus formas literarias y estructuras específicas. Esto proviene del entendimiento profundo de que la presentación visual puede ser una ayuda decisiva para la lectura correcta, la buena comprensión y una mejor interacción con la Biblia.

Específicamente, esta edición de la Biblia difiere de los formatos actuales más comunes en varias formas significativas:

: los números de capítulos y versículos se han eliminado del texto;

- : los libros se presentan de acuerdo con las divisiones internas que, a nuestro juicio, sus autores indicaron;
- : el formato de una sola columna se usa para presentar el texto de forma más clara y natural, y para evitar alterar la deseada versificación en la poesía;
- : pies de páginas, encabezamientos y otros materiales adicionales se han removido de las páginas del texto sagrado;
- : los libros individuales que la tradición posterior dividió en dos o más partes se juntaron de nuevo; y
- : los libros se han colocado en un orden con la esperanza de que ayude a los lectores a entenderlos mejor.

¿Por qué hicimos estos cambios? En primer lugar, porque los autores originales no colocaron capítulos ni versículos en la Biblia. El sistema actual de divisiones por capítulos se diseñó en el siglo trece, y nuestra actual división en versículos se agregó en el siglo dieciséis. Capítulos y versículos han impuesto una estructura ajena a la Biblia dificultando la comprensión de su lectura. Las divisiones por capítulos no corresponden típicamente a las divisiones de pensamiento vigentes. Requieren que los lectores comprendan solamente parte de una discusión mayor como si fuera completa en sí misma, o de otra manera, tratar de combinar dos discusiones separadas en un todo coherente. Además, debido a que los capítulos de la Biblia son todos aproximadamente del mismo largo pueden, en el mejor de los casos, solamente indicar secciones de cierto tamaño. Esto esconde la existencia de unidades de pensamiento más largas y cortas dentro de los libros bíblicos.

Cuando los versículos se tratan como unidades deseadas (como la numeración sugiere que debe ser), animan a que la Biblia sea leída como un gran libro de referencia, tal vez como una colección de reglas o como una serie de proposiciones. De igual modo, cuando los «versículos bíblicos» se tratan como declaraciones independientes, sueltas, pueden sacarse selectivamente de contexto y arreglarse de manera tal para sugerir que la Biblia apoya creencias y posturas, sin que esto sea así.

Es verdad que los números de capítulos y versículos simplifican el buscar por referencia; pero encontrar pasajes rápidamente podría ser un beneficio dudoso, ya que animaría a pasar por alto el texto *alrededor* de la cita buscada. Con el fin de estimular una mayor comprensión y un uso más responsable de la Biblia, hemos removido la numeración de capítulos y versículos de la Biblia en su totalidad. (En el borde inferior de cada página se incluye un orden de capítulos-versículos).

Debido a que los libros bíblicos fueron manuscritos, leídos en voz alta y luego copiados a mano antes de que se estandarizara la imprenta, los autores y compiladores necesitaban una manera de indicar divisiones dentro del mismo texto. A menudo lo hacían repitiendo una frase o expresión cada vez que hacían una transición de una sección a la otra. Podemos confirmar que frases en particular son significativas

de esta manera al observar cómo la colocación que tienen refuerza una estructura que puede ya reconocerse implícitamente de otras características de un libro, tales como cambios en temas, movimiento en lugar o tiempo, o desplazamientos de una clase de escrito a otra.

Mediante el espacio interlinear hemos demarcado secciones de tamaños variables. Las más cortas se indican con un renglón en blanco, las que le siguen con dos y así sucesivamente hasta llegar a cuatro renglones de espacios en los libros más extensos. También hemos indicado las divisiones clave con la letra inicial grande, en mayúscula, de las nuevas secciones. Nuestro objetivo es animar a que unidades significativas se lean en su totalidad, y con eso haya mayor aprecio y comprensión.

Los pies de notas, los encabezamientos de secciones y otros materiales suplementarios se han removido de la página para que los lectores tengan una experiencia más cercana y directa con la Palabra de Dios. Al principio de cada libro bíblico hemos incluido una invitación a ese escrito en particular con antecedentes de por qué se escribió y cómo lo entendemos para organizarlo. Fuera de esto, animamos a los lectores a que estudien la Biblia en comunidad. Creemos que si lo hacen, tanto ellos como los maestros, líderes y compañeros tendrán la oportunidad de compartir mutuamente mucha más información y mayor comprensión de la que pudiera incluirse en notas agregadas por la casa editorial.

Los libros de la Biblia se escribieron o registraron individualmente. Al momento de agruparlos se colocaron de formas diversas. Infortunadamente, el orden en el que los lectores de hoy generalmente encuentran estos libros es otro factor que impide que se entiendan. Las cartas de Pablo, por ejemplo, se han puesto por orden de extensión. Esto no está bien en lo que respecta al orden histórico porque dificulta apreciar dónde encajan en el curso de su vida o cómo expresan el desarrollo de su pensamiento. El orden tradicional de los libros bíblicos también puede conducir a malentendidos sobre qué clase de escrito es un libro en particular. Por ejemplo, el libro de Santiago es bastante afín con otros libros bíblicos de la tradición sapiencial. Pero típicamente se coloca con un grupo de cartas, lo cual sugiere que debe leerse como si fuera una carta. Para ayudar a los lectores a superar estas dificultades, hemos tratado de ordenar los libros de tal manera que las clases literarias, las circunstancias de composición y las tradiciones teológicas que reflejan sean evidentes. En nuestras introducciones a cada una de las diferentes partes de la Biblia se explicará cómo hemos ordenado los libros en estas secciones, y por qué razón.

Así como el trabajo de la traducción bíblica nunca se acaba, el trabajo de preparar la Biblia con los principios descritos aquí nunca terminará. Sin lugar a duda, los avances en la interpretación literaria de los libros bíblicos permitirán que el trabajo que hemos iniciado aquí se extienda

y mejore en los años venideros. No obstante, la necesidad de ayudar a los lectores a vencer los muchos obstáculos inherentes al formato actual de la Biblia es urgente, así que humildemente ofrecemos los resultados de nuestro trabajo a quienes buscan una presentación visual mejorada de los libros sagrados.

Con gratitud reconocemos la asistencia de muchos laicos, líderes eclesiásticos, eruditos y personas comprometidas activamente con el alcance de las Escrituras que revisaron nuestro trabajo. Estas personas nos aportaron considerable conocimiento y experiencia, y siguen dándonos sus valiosas percepciones y dirección. Sin embargo, la responsabilidad final de todas las decisiones tomadas para ofrecer este formato nos corresponde a nosotros. Confiamos en que los lectores obtendrán una apreciación más profunda y una mejor comprensión de estos textos sagrados. Esperamos y oramos para que la interacción con *Los libros de la Biblia* les permita asumir sus funciones en el gran drama de la redención de Dios.

El Grupo de Diseño Bíblico
Bíblica
Colorado Springs, Colorado
Marzo de 2011

INVITACIÓN A EL NUEVO TESTAMENTO

El Nuevo Testamento es la segunda de las dos divisiones mayores de la Biblia y cubre la cuarta parte final de sus páginas. Es la continuación de la historia que comenzó en el Primer Testamento, de cómo Dios está restaurando el propósito original de su creación al obrar por medio del pueblo escogido de Israel. Cuenta específicamente cómo esta historia alcanzó su momento cumbre en el siglo I d.C. cuando Jesús de Nazaret, el Mesías de Israel, dio respuesta a la pregunta de quién y cómo es Dios, de una vez por todas.

Por medio de sus enseñanzas Jesús reveló el significado más profundo de las leyes y las instituciones que Dios le dio al pueblo de Israel. A través de sus acciones demostró lo que la vida humana y la comunidad se suponía que fueran, al llevar sanidad y restauración a todos los lugares por donde pasó. Y por medio de su muerte y resurrección Jesús introdujo el perdón y la vida de la edad venidera, en la edad actual. El Nuevo Testamento también nos habla de cómo los seguidores de Jesús formaron una nueva comunidad e invitaron a la gente de todo el mundo a que se uniera a ellos. Describe cómo trabajaron unidos para vivir el reino de Dios que Jesús había anunciado y comenzado. Por último, el Nuevo Testamento mira hacia adelante, hacia aquel día cuando Jesús regresará para renovar toda la creación y para establecer la justicia y la paz de Dios a lo largo y ancho de la tierra.

El Nuevo Testamento narra esta historia en veintiséis libros diferentes que se escribieron para una variedad de ocasiones entre la mitad y el final del siglo I. Estos libros varían en extensión y representan varias clases distintas de escritura. La mayor parte son cartas, algunas tan cortas como de una sola página. Por otro lado, un libro de historia que contiene dos volúmenes, Lucas-Hechos de los Apóstoles, constituye una cuarta parte de todo el Nuevo Testamento. También hay libros que siguen las tradiciones literarias desarrolladas en el Primer Testamento. Santiago se parece a los libros sapienciales o de sabiduría de Proverbios y Eclesiastés, y el Apocalipsis es literatura apocalíptica como la segunda parte del libro de Daniel.

El Nuevo Testamento también contiene lo que tradicionalmente se conoce como los cuatro Evangelios: Mateo, Marcos, Lucas (la primera mitad de Lucas-Hechos de los Apóstoles) y Juan. No debe pensarse primordialmente que «evangelio» es una clase específica de escrito. La palabra en realidad se refiere al contenido de estos libros: significa

buenas nuevas o buenas noticias. En el Nuevo Testamento este término se refiere al contenido básico del mensaje acerca de Jesús que sus seguidores difundieron por todas partes. Así, *El Evangelio según Mateo* (el título tradicional de ese libro) originalmente se refería a las buenas noticias contadas por Mateo. La historia de la vida de Jesús sirve como marco y fundamento de los libros de Mateo, Marcos, Lucas y Juan, pero de maneras trascendentales estos libros difieren uno del otro por su carácter literario (como lo indicarán las invitaciones). Cuando leemos todos los libros del Nuevo Testamento con el entendimiento de cuándo y por qué se escribieron y por la clase de literatura que representan, la historia de cómo Jesús culminó el plan de Dios se desenvuelve ante nosotros.

Infelizmente, el orden de los libros del Nuevo Testamento en la mayoría de las Biblias impresas hoy, no nos ayuda a apreciar todos estos elementos. Por ejemplo, como Lucas y Hechos de los Apóstoles son dos volúmenes de una sola obra, deben leerse juntos. Las tres cartas de Juan se entienden mejor cuando se leen con el Evangelio de Juan, ya que todas son del mismo autor y reflejan igual perspectiva. Pero en el orden tradicional, Lucas y Hechos están separados por el Evangelio de Juan, y las cartas de Juan están separadas de su Evangelio por la mayor parte del Nuevo Testamento. Además, el libro de sabiduría de Santiago se ha colocado tradicionalmente en medio de un grupo de cartas, lo que sugiere que debe leerse como carta. (Sin que deba ser así). Y en la mayoría de las Biblias impresas, las trece cartas que el apóstol Pablo escribió se presentan, en líneas generales, por orden de extensión. Como resultado, no siguen un orden histórico. Esto dificulta que al leerlas se aprecie dónde encajan en el contexto de la vida y cómo expresan el desarrollo del pensamiento de Pablo.

El orden de los libros del Nuevo Testamento en esta edición busca dar a conocer el concepto antiguo del evangelio cuádruple de una manera fresca. La prioridad tradicional de las historias de Jesús se mantiene, pero en esta ocasión cada Evangelio se coloca al comienzo de un grupo de libros relacionados. La presentación de cuatro testigos del único evangelio de Jesús, el Mesías, se realiza con un arreglo más completo que ayudará a que los lectores aprecien mejor por qué se escribieron los libros del Nuevo Testamento, y qué clase de literatura representan. Los cuatro juegos de libros, cada uno encabezado por un Evangelio, forman una cruz, como lo fueron, alrededor de la figura de Jesús. Cada uno vierte su propia luz en su historia de una manera singular.

Juntamos los dos volúmenes de Lucas-Hechos de los Apóstoles y los colocamos primero porque ofrecen un panorama del período del Nuevo Testamento. Esto les permite a los lectores ver a dónde pertenece la mayoría de los otros libros. Luego siguen las cartas de Pablo en el

orden probable en que creemos se escribieron. Lucas fue uno de los colaboradores de Pablo en la difusión de las buenas nuevas acerca de Jesús, por lo tanto, conviene arreglar en pares las cartas de Pablo con los volúmenes de Lucas. Sigue luego el Evangelio de Mateo, junto con dos libros —Hebreos y Santiago— dirigidos también a los judíos que creían en Jesús como su Mesías. Después el Evangelio según Marcos (muchos eruditos creen que fue en realidad el primer evangelio que se escribió), y las cartas de Pedro, ya que Marcos parece contar la historia de la vida de Jesús desde la perspectiva de Pedro. También se incluye en este grupo la carta de Judas, similar a la segunda carta de Pedro. Nuestro grupo final comienza con el Evangelio según Juan, que es con toda propiedad el último de los Evangelios porque representa una reflexión madura, después de muchos años, del significado de la vida de Jesús. Las cartas de Juan van después de su Evangelio. El libro del Apocalipsis se coloca debidamente de último y por separado, ya que por su tipo de literatura y perspectiva es un libro singular, y porque describe cómo el plan salvífico de Dios para toda la creación se realizará finalmente.

La historia continua de Israel y su clímax en

**LA VIDA, MUERTE
Y RESURRECCIÓN DE
JESÚS, EL MESÍAS,**

el anuncio de

**LA VICTORIA DE DIOS SOBRE LOS
ENEMIGOS DE LA HUMANIDAD, EL
PECADO Y LA MUERTE,**

y la invitación para

**QUE TODOS LOS PUEBLOS
SE RECONCILIEN CON DIOS**

y participen en su obra de

RESTAURACIÓN DE TODAS LAS COSAS,

PRESENTADO
EN LOS LIBROS DE

EL NUEVO TESTAMENTO

MAR MEDITERRÁNEO

• Sidón

Tiro •

• Cesarea
de Filipo

Capernaúm •

• Beisaida

Caná •

MAR
DE
GALILEA

Nazaret •

GALILEA

Cesarea •

SAMARIA

• Sicar

Río Jordán

DECÁPOLIS

Jerico •

Jerusalén •

JUDEA

• Belén

MAR
MUERTO

EL MUNDO DE JESÚS

Israel en el siglo I

EL EVANGELIO SE ESPARCE AL MUNDO DEL SIGLO I





INVITACIÓN A LUCAS-HECHOS

Lucas y Hechos son dos volúmenes, parte de una sola obra. Se inicia con la vida y ministerio de Jesús, el Mesías, y traza la historia de sus seguidores hasta la misma época del autor, algún tiempo después de la mitad del siglo I d.c.

Lucas escribió esta historia con varios propósitos importantes. El primero fue asegurarles a los seguidores de Jesús que lo que se les había enseñado acerca de él era digno de confianza. Es posible que Teófilo, la persona que patrocinó y ayudó a que esta obra circulara, fuera un oficial romano porque Lucas se dirige a él en la dedicatoria como *excelentísimo Teófilo*, un título generalmente reservado para estos oficiales. Lucas se refiere a él como alguien que ha sido instruido en la fe cristiana y le dice que quiere escribirse para que *llegues a tener plena seguridad de lo que te enseñaron*. Sin lugar a duda, Lucas desea lo mismo para las muchas personas con las que Teófilo compartirá esta obra.

Lucas-Hechos también demuestra que el verdadero Dios es fiel, y en él puede confiarse plenamente. Lo hace documentando cómo Dios mantuvo la promesa que le hizo al pueblo de Israel al enviar a Jesús como el Mesías, o Rey, largamente esperado. Luego enseña cómo Dios invitó a los no judíos (conocidos como gentiles) a seguir también a Jesús. La historia de Lucas demuestra así que la extensión de las bendiciones de Dios a personas como Teófilo y sus amigos representa, no un cambio caprichoso de planes, sino el cumplimiento magistral de un plan que Dios ha venido siguiendo por todas las edades. En la historia de la Biblia, desde un principio el pueblo de Israel ha desempeñado la función de llevar la luz de Dios al resto del mundo. Los primeros seguidores de Jesús asumieron este llamamiento al anunciar a todas las naciones la victoria de Jesús sobre el pecado y la muerte. Este tema recorre ambos volúmenes, con Pablo y Bernabé contándolo a un público judío:

Así nos lo ha mandado el Señor:

*«Te he puesto por luz para las naciones,
a fin de que lleves mi salvación hasta los
confines de la tierra».*

Lucas-Hechos, pues, cuenta la historia de cómo Dios invitó primeramente al pueblo de Israel, luego a la gente de todas las naciones a seguir

a Jesús. La forma de la historia de Lucas refleja este mensaje. En el primer volumen, el movimiento es hacia Jerusalén, el centro de la vida nacional judía. En el segundo, el movimiento se aleja de Jerusalén y se dirige a otras naciones, y cierra con la proclamación que hace Pablo del reino de Dios en Roma, la capital del imperio.

Comparada con otras historias nacionales de la época, que a menudo contienen veinte o más volúmenes, la de Lucas es corta. Cada uno de los dos volúmenes cubre unos treinta años. Al igual que otros historiadores de su tiempo, Lucas ofrece un bosquejo de eventos importantes y los salpica con detalles de las fuentes que tiene a su disposición: cartas, discursos, himnos, relatos de viajes, transcripciones de juicios y anécdotas biográficas. (Lucas tuvo acceso a estas fuentes por haber sido colaborador y compañero de viaje del apóstol Pablo).

El primer volumen, el libro de Lucas, comienza con una sección preliminar que sirve de introducción a los temas principales de toda la obra, al contar la historia de la vida temprana de Jesús. Este libro tiene entonces tres secciones primordiales:

- : La primera (páginas 11-25) describe el ministerio de Jesús en Galilea, la zona norte de la tierra de Israel.
- : La segunda sección (páginas 25-44) narra un largo viaje hacia Jerusalén, durante el cual Jesús enseña y responde preguntas acerca de lo que significa seguirlo a él.
- : La tercera (páginas 44-57) describe cómo Jesús entregó su vida en Jerusalén y luego resucitó para ser el Soberano y el Salvador del mundo.

El segundo volumen, el libro de los Hechos, se divide en seis partes. Cada una de ellas describe una fase sucesiva de la expansión de la comunidad de los seguidores de Jesús, más allá de Jerusalén. Las divisiones de estas partes están marcadas por las variaciones de la frase: *Pero la Palabra de Dios seguía extendiéndose y difundiéndose*.

- : En la primera fase (páginas 58-68), la comunidad se establece en Jerusalén y se convierte en una comunidad griego-hablante, lo cual permite que su mensaje se extienda por todo el imperio.
- : En la segunda fase (páginas 68-75), la comunidad se extiende al resto de Palestina.
- : En la tercera fase (páginas 75-80), los gentiles son incluidos en la comunidad junto con los judíos.
- : En la cuarta parte (páginas 80-86), la comunidad expresamente envía mensajeros hacia el oeste, a la populosa provincia romana de Asia.
- : En la quinta fase (páginas 86-92), estos mensajeros entran a Europa.
- : En la fase final (páginas 92-109), la comunidad llega en su totalidad a la capital de Roma y a las esferas más altas de la sociedad. La invitación de Dios se extiende así a todas las naciones.

LUCAS

Muchos han intentado hacer un relato de las cosas que se han cumplido entre nosotros, tal y como nos las transmitieron los que desde el principio fueron testigos presenciales y servidores de la palabra. Por lo tanto, yo también, excelentísimo Teófilo, habiendo investigado todo esto con esmero desde su origen, he decidido escribírtelo ordenadamente, para que llegues a tener plena seguridad de lo que te enseñaron.

En tiempos de Herodes, rey de Judea, hubo un sacerdote llamado Zacarías, miembro del grupo de Abías. Su esposa Elisabet también era descendiente de Aarón. Ambos eran rectos e intachables delante de Dios; obedecían todos los mandamientos y preceptos del Señor. Pero no tenían hijos, porque Elisabet era estéril; y los dos eran de edad avanzada.

Un día en que Zacarías, por haber llegado el turno de su grupo, oficiaba como sacerdote delante de Dios, le tocó en suerte, según la costumbre del sacerdocio, entrar en el santuario del Señor para quemar incienso. Cuando llegó la hora de ofrecer el incienso, la multitud reunida afuera estaba orando. En esto un ángel del Señor se le apareció a Zacarías a la derecha del altar del incienso. Al verlo, Zacarías se asustó, y el temor se apoderó de él. El ángel le dijo:

—No tengas miedo, Zacarías, pues ha sido escuchada tu oración. Tu esposa Elisabet te dará un hijo, y le pondrás por nombre Juan. Tendrás gozo y alegría, y muchos se regocijarán por su nacimiento, porque él será un gran hombre delante del Señor. Jamás tomará vino ni licor, y será lleno del Espíritu Santo aun desde su nacimiento. Hará que muchos israelitas se vuelvan al Señor su Dios. Él irá primero, delante del Señor, con el espíritu y el poder de Elías, para reconciliar a los padres con los hijos y guiar a los desobedientes a la sabiduría de los justos. De este modo preparará un pueblo bien dispuesto para recibir al Señor.

—¿Cómo podré estar seguro de esto? —preguntó Zacarías al ángel—. Ya soy anciano y mi esposa también es de edad avanzada.

—Yo soy Gabriel y estoy a las órdenes de Dios —le contestó el

ángel—. He sido enviado para hablar contigo y darte estas buenas noticias. Pero, como no creíste en mis palabras, las cuales se cumplirán a su debido tiempo, te vas a quedar mudo. No podrás hablar hasta el día en que todo esto suceda.

Mientras tanto, el pueblo estaba esperando a Zacarías y les extrañaba que se demorara tanto en el santuario. Cuando por fin salió, no podía hablarles, así que se dieron cuenta de que allí había tenido una visión. Se podía comunicar solo por señas, pues seguía mudo.

Cuando terminaron los días de su servicio, regresó a su casa. Poco después, su esposa Elisabet quedó encinta y se mantuvo reclusa por cinco meses. «Esto —decía ella— es obra del Señor, que ahora ha mostrado su bondad al quitarme la vergüenza que yo tenía ante los demás».

A los seis meses, Dios envió al ángel Gabriel a Nazaret, pueblo de Galilea, a visitar a una joven virgen comprometida para casarse con un hombre que se llamaba José, descendiente de David. La virgen se llamaba María. El ángel se acercó a ella y le dijo:

—¡Te saludo, tú que has recibido el favor de Dios! El Señor está contigo.

Ante estas palabras, María se perturbó, y se preguntaba qué podría significar este saludo.

—No tengas miedo, María; Dios te ha concedido su favor —le dijo el ángel—. Quedarás encinta y darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús. Él será un gran hombre, y lo llamarán Hijo del Altísimo. Dios el Señor le dará el trono de su padre David, y reinará sobre el pueblo de Jacob para siempre. Su reinado no tendrá fin.

—¿Cómo podrá suceder esto —le preguntó María al ángel—, puesto que soy virgen?

—El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra. Así que al santo niño que va a nacer lo llamarán Hijo de Dios. También tu parienta Elisabet va a tener un hijo en su vejez; de hecho, la que decían que era estéril ya está en el sexto mes de embarazo. Porque para Dios no hay nada imposible.

—Aquí tienes a la sierva del Señor —contestó María—. Que él haga conmigo como me has dicho.

Con esto, el ángel la dejó.

A los pocos días María emprendió viaje y se fue de prisa a un pueblo en la región montañosa de Judea. Al llegar, entró en casa de Zacarías y saludó a Elisabet. Tan pronto como Elisabet oyó el saludo de María, la criatura saltó en su vientre. Entonces Elisabet, llena del Espíritu Santo, exclamó:

—¡Bendita tú entre las mujeres, y bendito el hijo que darás a luz! Pero ¿cómo es esto, que la madre de mi Señor venga a verme? Te digo que tan pronto como llegó a mis oídos la voz de tu saludo, saltó de

alegría la criatura que llevo en el vientre. ¡Dichosa tú que has creído, porque lo que el Señor te ha dicho se cumplirá!

Entonces dijo María:

«Mi alma glorifica al Señor,
y mi espíritu se regocija en Dios mi Salvador,
porque se ha dignado fijarse en su humilde sierva.
Desde ahora me llamarán dichosa todas las generaciones,
porque el Poderoso ha hecho grandes cosas por mí.
¡Santo es su nombre!
De generación en generación
se extiende su misericordia a los que le temen.
Hizo proezas con su brazo;
desbarató las intrigas de los soberbios.
De sus tronos derrocó a los poderosos,
mientras que ha exaltado a los humildes.
A los hambrientos los colmó de bienes,
y a los ricos los despidió con las manos vacías.
Acudió en ayuda de su siervo Israel
y, cumpliendo su promesa a nuestros padres,
mostró su misericordia a Abraham
y a su descendencia para siempre».

María se quedó con Elisabet unos tres meses y luego regresó a su casa.

Cuando se le cumplió el tiempo, Elisabet dio a luz un hijo. Sus vecinos y parientes se enteraron de que el Señor le había mostrado gran misericordia, y compartieron su alegría.

A los ocho días llevaron a circuncidar al niño. Como querían ponerle el nombre de su padre, Zacarías, su madre se opuso.

—¡No! —dijo ella—. Tiene que llamarse Juan.

—Pero si nadie en tu familia tiene ese nombre —le dijeron.

Entonces le hicieron señas a su padre, para saber qué nombre quería ponerle al niño. Él pidió una tablilla, en la que escribió: «Su nombre es Juan». Y todos quedaron asombrados. Al instante se le desató la lengua, recuperó el habla y comenzó a alabar a Dios. Todos los vecinos se llenaron de temor, y por toda la región montañosa de Judea se comentaba lo sucedido. Quienes lo oían se preguntaban: «¿Qué llegará a ser este niño?» Porque la mano del Señor lo protegía.

Entonces su padre Zacarías, lleno del Espíritu Santo, profetizó:

«Bendito sea el Señor, Dios de Israel,
porque ha venido a redimir a su pueblo.

Nos envió un poderoso Salvador
 en la casa de David su siervo
 (como lo prometió en el pasado por medio de sus santos
 profetas),
 para librarnos de nuestros enemigos
 y del poder de todos los que nos aborrecen;
 para mostrar misericordia a nuestros padres
 al acordarse de su santo pacto.
 Así lo juró a Abraham nuestro padre:
 nos concedió que fuéramos libres del temor,
 al rescatarnos del poder de nuestros enemigos,
 para que le sirviéramos con santidad y justicia,
 viviendo en su presencia todos nuestros días.

»Y tú, hijito mío, serás llamado profeta del Altísimo,
 porque irás delante del Señor para prepararle el camino.
 Darás a conocer a su pueblo la salvación
 mediante el perdón de sus pecados,
 gracias a la entrañable misericordia de nuestro Dios.
 Así nos visitará desde el cielo el sol naciente,
 para dar luz a los que viven en tinieblas,
 en la más terrible oscuridad,
 para guiar nuestros pasos por la senda de la paz».

El niño crecía y se fortalecía en espíritu; y vivió en el desierto hasta el día en que se presentó públicamente al pueblo de Israel.

Por aquellos días Augusto César decretó que se levantara un censo en todo el Imperio romano. (Este primer censo se efectuó cuando Cirenio gobernaba en Siria). Así que iban todos a inscribirse, cada cual a su propio pueblo.

También José, que era descendiente del rey David, subió de Nazaret, ciudad de Galilea, a Judea. Fue a Belén, la Ciudad de David, para inscribirse junto con María su esposa. Ella se encontraba encinta y, mientras estaban allí, se le cumplió el tiempo. Así que dio a luz a su hijo primogénito. Lo envolvió en pañales y lo acostó en un pesebre, porque no había lugar para ellos en la posada.

En esa misma región había unos pastores que pasaban la noche en el campo, turnándose para cuidar sus rebaños. Sucedió que un ángel del Señor se les apareció. La gloria del Señor los envolvió en su luz, y se llenaron de temor. Pero el ángel les dijo: «No tengan miedo. Miren que les traigo buenas noticias que serán motivo de mucha alegría para

todo el pueblo. Hoy les ha nacido en la Ciudad de David un Salvador, que es Cristo el Señor. Esto les servirá de señal: Encontrarán a un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre».

De repente apareció una multitud de ángeles del cielo, que alababan a Dios y decían:

«Gloria a Dios en las alturas,
y en la tierra paz a los que gozan de su buena voluntad».

Cuando los ángeles se fueron al cielo, los pastores se dijeron unos a otros: «Vamos a Belén, a ver esto que ha pasado y que el Señor nos ha dado a conocer».

Así que fueron de prisa y encontraron a María y a José, y al niño que estaba acostado en el pesebre. Cuando vieron al niño, contaron lo que les habían dicho acerca de él, y cuantos lo oyeron se asombraron de lo que los pastores decían. María, por su parte, guardaba todas estas cosas en su corazón y meditaba acerca de ellas. Los pastores regresaron glorificando y alabando a Dios por lo que habían visto y oído, pues todo sucedió tal como se les había dicho.

Cuando se cumplieron los ocho días y fueron a circuncidarlo, lo llamaron Jesús, nombre que el ángel le había puesto antes de que fuera concebido.

Así mismo, cuando se cumplió el tiempo en que, según la ley de Moisés, ellos debían purificarse, José y María llevaron al niño a Jerusalén para presentarlo al Señor. Así cumplieron con lo que en la ley del Señor está escrito: «Todo varón primogénito será consagrado al Señor». También ofrecieron un sacrificio conforme a lo que la ley del Señor dice: «un par de tórtolas o dos pichones de paloma».

Ahora bien, en Jerusalén había un hombre llamado Simeón, que era justo y devoto, y aguardaba con esperanza la redención de Israel. El Espíritu Santo estaba con él y le había revelado que no moriría sin antes ver al Cristo del Señor. Movido por el Espíritu, fue al templo. Cuando al niño Jesús lo llevaron sus padres para cumplir con la costumbre establecida por la ley, Simeón lo tomó en sus brazos y bendijo a Dios:

«Según tu palabra, Soberano Señor,
ya puedes despedir a tu siervo en paz.
Porque han visto mis ojos tu salvación,
que has preparado a la vista de todos los pueblos:
luz que ilumina a las naciones
y gloria de tu pueblo Israel».

El padre y la madre del niño se quedaron maravillados por lo que se decía de él. Simeón les dio su bendición y le dijo a María, la madre

de Jesús: «Este niño está destinado a causar la caída y el levantamiento de muchos en Israel, y a crear mucha oposición, a fin de que se manifiesten las intenciones de muchos corazones. En cuanto a ti, una espada te atravesará el alma».

Había también una profetisa, Ana, hija de Penuel, de la tribu de Aser. Era muy anciana; casada de joven, había vivido con su esposo siete años, y luego permaneció viuda hasta la edad de ochenta y cuatro. Nunca salía del templo, sino que día y noche adoraba a Dios con ayunos y oraciones. Llegando en ese mismo momento, Ana dio gracias a Dios y comenzó a hablar del niño a todos los que esperaban la redención de Jerusalén.

Después de haber cumplido con todo lo que exigía la ley del Señor, José y María regresaron a Galilea, a su propio pueblo de Nazaret. El niño crecía y se fortalecía; progresaba en sabiduría, y la gracia de Dios lo acompañaba.

Los padres de Jesús subían todos los años a Jerusalén para la fiesta de la Pascua. Cuando cumplió doce años, fueron allá según era la costumbre. Terminada la fiesta, emprendieron el viaje de regreso, pero el niño Jesús se había quedado en Jerusalén, sin que sus padres se dieran cuenta. Ellos, pensando que él estaba entre el grupo de viajeros, hicieron un día de camino mientras lo buscaban entre los parientes y conocidos. Al no encontrarlo, volvieron a Jerusalén en busca de él. Al cabo de tres días lo encontraron en el templo, sentado entre los maestros, escuchándolos y haciéndoles preguntas. Todos los que le oían se asombraban de su inteligencia y de sus respuestas. Cuando lo vieron sus padres, se quedaron admirados.

—Hijo, ¿por qué te has portado así con nosotros? —le dijo su madre—. ¡Mira que tu padre y yo te hemos estado buscando angustiados!

—¿Por qué me buscaban? ¿No sabían que tengo que estar en la casa de mi Padre?

Pero ellos no entendieron lo que les decía.

Así que Jesús bajó con sus padres a Nazaret y vivió sujeto a ellos. Pero su madre conservaba todas estas cosas en el corazón. Jesús siguió creciendo en sabiduría y estatura, y cada vez más gozaba del favor de Dios y de toda la gente.

En el año quince del reinado de Tiberio César, Poncio Pilato gobernaba la provincia de Judea, Herodes era tetrarca en Galilea, su hermano Felipe en Iturea y Traconite, y Lisania en Abilene; el sumo sacerdocio lo ejercían Anás y Caifás. En aquel entonces, la palabra de Dios llegó a Juan hijo de Zacarías, en el desierto. Juan recorría toda la región del

Jordán predicando el bautismo de arrepentimiento para el perdón de pecados. Así está escrito en el libro del profeta Isaías:

«Voz de uno que grita en el desierto:

“Preparen el camino del Señor,
háganle sendas derechas.

Todo valle será rellenado,
toda montaña y colina será allanada.

Los caminos torcidos se enderezarán,
las sendas escabrosas quedarán llanas.

Y todo mortal verá la salvación de Dios”».

Muchos acudían a Juan para que los bautizara.

—¡Camada de víboras! —les advirtió—. ¿Quién les dijo que podrán escapar del castigo que se acerca? Produzcan frutos que demuestren arrepentimiento. Y no se pongan a pensar: “Tenemos a Abraham por padre”. Porque les digo que aun de estas piedras Dios es capaz de darle hijos a Abraham. Es más, el hacha ya está puesta a la raíz de los árboles, y todo árbol que no produzca buen fruto será cortado y arrojado al fuego.

—¿Entonces qué debemos hacer? —le preguntaba la gente.

—El que tiene dos camisas debe compartir con el que no tiene ninguna —les contestó Juan—, y el que tiene comida debe hacer lo mismo.

Llegaron también unos recaudadores de impuestos para que los bautizara.

—Maestro, ¿qué debemos hacer nosotros? —le preguntaron.

—No cobren más de lo debido —les respondió.

—Y nosotros, ¿qué debemos hacer? —le preguntaron unos soldados.

—No extorsionen a nadie ni hagan denuncias falsas; más bien conformense con lo que les pagan.

La gente estaba a la expectativa, y todos se preguntaban si acaso Juan sería el Cristo.

—Yo los bautizo a ustedes con agua —les respondió Juan a todos—. Pero está por llegar uno más poderoso que yo, a quien ni siquiera merezco desatarle la correa de sus sandalias. Él los bautizará con el Espíritu Santo y con fuego. Tiene el aventador en la mano para limpiar su era y recoger el trigo en su granero; la paja, en cambio, la quemará con fuego que nunca se apagará.

Y con muchas otras palabras exhortaba Juan a la gente y le anunciaba las buenas nuevas. Pero, cuando reprendió al tetrarca Herodes por el asunto de su cuñada Herodías, y por todas las otras maldades que había cometido, Herodes llegó hasta el colmo de encerrar a Juan en la cárcel.

Un día en que todos acudían a Juan para que los bautizara, Jesús fue bautizado también. Y mientras oraba, se abrió el cielo, y el Espíritu Santo bajó sobre él en forma de paloma. Entonces se oyó una voz del cielo que decía: «Tú eres mi Hijo amado; estoy muy complacido contigo».

Jesús tenía unos treinta años cuando comenzó su ministerio. Era hijo, según se creía, de José,

hijo de Elí, hijo de Matat,
hijo de Leví, hijo de Melquí,
hijo de Janay, hijo de José,
hijo de Matatías, hijo de Amós,
hijo de Nahúm, hijo de Eslí,
hijo de Nagay, hijo de Máat,
hijo de Matatías, hijo de Semeí,
hijo de Josec, hijo de Judá,
hijo de Yojanán, hijo de Resa,
hijo de Zorobabel, hijo de Salatiel,
hijo de Neri, hijo de Melquí,
hijo de Adí, hijo de Cosán,
hijo de Elmadán, hijo de Er,
hijo de Josué, hijo de Eliezer,
hijo de Jorín, hijo de Matat,
hijo de Leví, hijo de Simeón,
hijo de Judá, hijo de José,
hijo de Jonán, hijo de Eliaquín,
hijo de Melea, hijo de Mainán,
hijo de Matata, hijo de Natán,
hijo de David, hijo de Isaí,
hijo de Obed, hijo de Booz,
hijo de Salmón, hijo de Naasón,
hijo de Aminadab, hijo de Aram,
hijo de Jezrón, hijo de Fares,
hijo de Judá, hijo de Jacob,
hijo de Isaac, hijo de Abraham,
hijo de Térar, hijo de Najor,
hijo de Serug, hijo de Ragau,
hijo de Péleg, hijo de Éber,
hijo de Selaj, hijo de Cainán,
hijo de Arfaxad, hijo de Sem,
hijo de Noé, hijo de Lamec,
hijo de Matusalén, hijo de Enoc,

hijo de Jared, hijo de Malalel,
hijo de Cainán, hijo de Enós,
hijo de Set, hijo de Adán,
hijo de Dios.

Jesús, lleno del Espíritu Santo, volvió del Jordán y fue llevado por el Espíritu al desierto. Allí estuvo cuarenta días y fue tentado por el diablo. No comió nada durante esos días, pasados los cuales tuvo hambre.

—Si eres el Hijo de Dios —le propuso el diablo—, dile a esta piedra que se convierta en pan.

Jesús le respondió:

—Escrito está: “No solo de pan vive el hombre”.

Entonces el diablo lo llevó a un lugar alto y le mostró en un instante todos los reinos del mundo.

—Sobre estos reinos y todo su esplendor —le dijo—, te daré la autoridad, porque a mí me ha sido entregada, y puedo dársela a quien yo quiera. Así que, si me adoras, todo será tuyo.

Jesús le contestó:

—Escrito está: “Adora al Señor tu Dios y sírvele solamente a él”.

El diablo lo llevó luego a Jerusalén e hizo que se pusiera de pie en la parte más alta del templo, y le dijo:

—Si eres el Hijo de Dios, ¡tírate de aquí! Pues escrito está:

»“Ordenará que sus ángeles te cuiden.

Te sostendrán en sus manos

para que no tropieces con piedra alguna”».

—También está escrito: “No pongas a prueba al Señor tu Dios” —le replicó Jesús.

Así que el diablo, habiendo agotado todo recurso de tentación, lo dejó hasta otra oportunidad.

Jesús regresó a Galilea en el poder del Espíritu, y se extendió su fama por toda aquella región. Enseñaba en las sinagogas, y todos lo admiraban.

Fue a Nazaret, donde se había criado, y un sábado entró en la sinagoga, como era su costumbre. Se levantó para hacer la lectura, y le entregaron el libro del profeta Isaías. Al desenrollarlo, encontró el lugar donde está escrito:

«El Espíritu del Señor está sobre mí,
por cuanto me ha ungido
para anunciar buenas nuevas a los pobres.

Me ha enviado a proclamar libertad a los cautivos
y dar vista a los ciegos,
a poner en libertad a los oprimidos,
a pregonar el año del favor del Señor».

Luego enrolló el libro, se lo devolvió al ayudante y se sentó. Todos los que estaban en la sinagoga lo miraban detenidamente, y él comenzó a hablarles: «Hoy se cumple esta Escritura en presencia de ustedes».

Todos dieron su aprobación, impresionados por las hermosas palabras que salían de su boca. «¿No es este el hijo de José?», se preguntaban.

Jesús continuó: «Seguramente ustedes me van a citar el proverbio: “¡Médico, cúrate a ti mismo! Haz aquí en tu tierra lo que hemos oído que hiciste en Capernaúm”. Pues bien, les aseguro que a ningún profeta lo aceptan en su propia tierra. No cabe duda de que en tiempos de Elías, cuando el cielo se cerró por tres años y medio, de manera que hubo una gran hambre en toda la tierra, muchas viudas vivían en Israel. Sin embargo, Elías no fue enviado a ninguna de ellas, sino a una viuda de Sarepta, en los alrededores de Sidón. Así mismo, había en Israel muchos enfermos de lepra en tiempos del profeta Eliseo, pero ninguno de ellos fue sanado, sino Naamán el sirio».

Al oír esto, todos los que estaban en la sinagoga se enfurecieron. Se levantaron, lo expulsaron del pueblo y lo llevaron hasta la cumbre de la colina sobre la que estaba construido el pueblo, para tirarlo por el precipicio. Pero él pasó por en medio de ellos y se fue.

Jesús pasó a Capernaúm, un pueblo de Galilea, y el día sábado enseñaba a la gente. Estaban asombrados de su enseñanza, porque les hablaba con autoridad.

Había en la sinagoga un hombre que estaba poseído por un espíritu maligno, quien gritó con todas sus fuerzas:

—¡Ah! ¿Por qué te entrometes, Jesús de Nazaret? ¿Has venido a destruirnos? Yo sé quién eres tú: ¡el Santo de Dios!

—¡Cállate! —lo reprendió Jesús—. ¡Sal de ese hombre!

Entonces el demonio derribó al hombre en medio de la gente y salió de él sin hacerle ningún daño.

Todos se asustaron y se decían unos a otros: «¿Qué clase de palabra es esta? ¡Con autoridad y poder les da órdenes a los espíritus malignos, y salen!» Y se extendió su fama por todo aquel lugar.

Cuando Jesús salió de la sinagoga, se fue a casa de Simón, cuya suegra estaba enferma con una fiebre muy alta. Le pidieron a Jesús que la ayudara, así que se inclinó sobre ella y reprendió a la fiebre, la cual se le quitó. Ella se levantó en seguida y se puso a servirles.

Al ponerse el sol, la gente le llevó a Jesús todos los que padecían de diversas enfermedades; él puso las manos sobre cada uno de ellos y los sanó. Además, de muchas personas salían demonios que gritaban: «¡Tú eres el Hijo de Dios!» Pero él los reprendía y no los dejaba hablar porque sabían que él era el Cristo.

Cuando amaneció, Jesús salió y se fue a un lugar solitario. La gente andaba buscándolo y, cuando llegaron adonde él estaba, procuraban detenerlo para que no se fuera. Pero él les dijo: «Es preciso que anuncie también a los demás pueblos las buenas nuevas del reino de Dios, porque para esto fui enviado».

Y siguió predicando en las sinagogas de los judíos.

Un día estaba Jesús a orillas del lago de Genesaret, y la gente lo apretujaba para escuchar el mensaje de Dios. Entonces vio dos barcas que los pescadores habían dejado en la playa mientras lavaban las redes. Subió a una de las barcas, que pertenecía a Simón, y le pidió que la alejara un poco de la orilla. Luego se sentó, y enseñaba a la gente desde la barca.

Cuando acabó de hablar, le dijo a Simón:

—Lleva la barca hacia aguas más profundas, y echen allí las redes para pescar.

—Maestro, hemos estado trabajando duro toda la noche y no hemos pescado nada —le contestó Simón—. Pero, como tú me lo mandas, echaré las redes.

Así lo hicieron, y recogieron una cantidad tan grande de peces que las redes se les rompían. Entonces llamaron por señas a sus compañeros de la otra barca para que los ayudaran. Ellos se acercaron y llenaron tanto las dos barcas que comenzaron a hundirse.

Al ver esto, Simón Pedro cayó de rodillas delante de Jesús y le dijo:

—¡Apártate de mí, Señor; soy un pecador!

Es que él y todos sus compañeros estaban asombrados ante la pesca que habían hecho, como también lo estaban Jacobo y Juan, hijos de Zebedeo, que eran socios de Simón.

—No temas; desde ahora serás pescador de hombres —le dijo Jesús a Simón.

Así que llevaron las barcas a tierra y, dejándolo todo, siguieron a Jesús.

En otra ocasión, cuando Jesús estaba en un pueblo, se presentó un hombre cubierto de lepra. Al ver a Jesús, cayó rostro en tierra y le suplicó:

—Señor, si quieres, puedes limpiarme.

Jesús extendió la mano y tocó al hombre.

—Sí, quiero —le dijo—. ¡Queda limpio!

Y al instante se le quitó la lepra.

—No se lo digas a nadie —le ordenó Jesús—; solo ve, preséntate al sacerdote y lleva por tu purificación|purificar lo que ordenó Moisés, para que les sirva de testimonio.

Sin embargo, la fama de Jesús se extendía cada vez más, de modo que acudían a él multitudes para oírlo y para que los sanara de sus enfermedades. Él, por su parte, solía retirarse a lugares solitarios para orar.

Un día, mientras enseñaba, estaban sentados allí algunos fariseos y maestros de la ley que habían venido de todas las aldeas de Galilea y Judea, y también de Jerusalén. Y el poder del Señor estaba con él para sanar a los enfermos. Entonces llegaron unos hombres que llevaban en una camilla a un paralítico. Procuraron entrar para ponerlo delante de Jesús, pero no pudieron a causa de la multitud. Así que subieron a la azotea y, separando las tejas, lo bajaron en la camilla hasta ponerlo en medio de la gente, frente a Jesús.

Al ver la fe de ellos, Jesús dijo:

—Amigo, tus pecados quedan perdonados.

Los fariseos y los maestros de la ley comenzaron a pensar: «¿Quién es este que dice blasfemias? ¿Quién puede perdonar pecados sino solo Dios?»

Pero Jesús supo lo que estaban pensando y les dijo:

—¿Por qué razonan así? ¿Qué es más fácil decir: “Tus pecados quedan perdonados”, o “Levántate y anda”? Pues para que sepan que el Hijo del hombre tiene autoridad en la tierra para perdonar pecados —se dirigió entonces al paralítico—: A ti te digo, levántate, toma tu camilla y vete a tu casa.

Al instante se levantó a la vista de todos, tomó la camilla en que había estado acostado, y se fue a su casa alabando a Dios. Todos quedaron asombrados y ellos también alababan a Dios. Estaban llenos de temor y decían: «Hoy hemos visto maravillas».

Después de esto salió Jesús y se fijó en un recaudador de impuestos llamado Leví, sentado a la mesa donde cobraba.

—Sígueme —le dijo Jesús.

Y Leví se levantó, lo dejó todo y lo siguió.

Luego Leví le ofreció a Jesús un gran banquete en su casa, y había allí un grupo numeroso de recaudadores de impuestos y otras personas que estaban comiendo con ellos. Pero los fariseos y los maestros de la ley que eran de la misma secta les reclamaban a los discípulos de Jesús:

—¿Por qué comen y beben ustedes con recaudadores de impuestos y pecadores?

—No son los sanos los que necesitan médico, sino los enfermos

—les contestó Jesús—. No he venido a llamar a justos, sino a pecadores para que se arrepientan.

Algunos le dijeron a Jesús:

—Los discípulos de Juan ayunan y oran con frecuencia, lo mismo que los discípulos de los fariseos, pero los tuyos se la pasan comiendo y bebiendo.

Jesús les replicó:

—¿Acaso pueden obligar a los invitados del novio a que ayunen mientras él está con ellos? Llegará el día en que se les quitará el novio; en aquellos días sí ayunarán.

Les contó esta parábola:

—Nadie quita un retazo de un vestido nuevo para remendar un vestido viejo. De hacerlo así, habrá rasgado el vestido nuevo, y el retazo nuevo no hará juego con el vestido viejo. Ni echa nadie vino nuevo en odres viejos. De hacerlo así, el vino nuevo hará reventar los odres, se derramará el vino y los odres se arruinarán. Más bien, el vino nuevo debe echarse en odres nuevos. Y nadie que haya bebido vino añejo quiere el nuevo, porque dice: “El añejo es mejor”.

Un sábado, al pasar Jesús por los sembrados, sus discípulos se pusieron a arrancar unas espigas de trigo, y las desgranaban para comérselas. Por eso algunos de los fariseos les dijeron:

—¿Por qué hacen ustedes lo que está prohibido hacer en sábado?

Jesús les contestó:

—¿Nunca han leído lo que hizo David en aquella ocasión en que él y sus compañeros tuvieron hambre? Entró en la casa de Dios y, tomando los panes consagrados a Dios, comió lo que solo a los sacerdotes les es permitido comer. Y les dio también a sus compañeros.

Entonces añadió:

—El Hijo del hombre es Señor del sábado.

Otro sábado entró en la sinagoga y comenzó a enseñar. Había allí un hombre que tenía la mano derecha paralizada; así que los maestros de la ley y los fariseos, buscando un motivo para acusar a Jesús, no le quitaban la vista de encima para ver si sanaba en sábado. Pero Jesús, que sabía lo que estaban pensando, le dijo al hombre de la mano paralizada:

—Levántate y ponte frente a todos.

Así que el hombre se puso de pie. Entonces Jesús dijo a los otros:

—Voy a hacerles una pregunta: ¿Qué está permitido hacer en sábado: hacer el bien o el mal, salvar una vida o destruirla?

Jesús se quedó mirando a todos los que lo rodeaban, y le dijo al hombre:

—Extiende la mano.

Así lo hizo, y la mano le quedó restablecida. Pero ellos se enfurecieron y comenzaron a discutir qué podrían hacer contra Jesús.

Por aquel tiempo se fue Jesús a la montaña a orar, y pasó toda la noche en oración a Dios. Al llegar la mañana, llamó a sus discípulos y escogió a doce de ellos, a los que nombró apóstoles: Simón (a quien llamó Pedro), su hermano Andrés, Jacobo, Juan, Felipe, Bartolomé, Mateo, Tomás, Jacobo hijo de Alfeo, Simón, al que llamaban el Zelote, Judas hijo de Jacobo, y Judas Iscariote, que llegó a ser el traidor.

Luego bajó con ellos y se detuvo en un llano. Había allí una gran multitud de sus discípulos y mucha gente de toda Judea, de Jerusalén y de la costa de Tiro y Sidón, que habían llegado para oírlo y para que los sanara de sus enfermedades. Los que eran atormentados por espíritus malignos quedaban liberados; así que toda la gente procuraba tocarlo, porque de él salía poder que sanaba a todos.

Él entonces dirigió la mirada a sus discípulos y dijo:

«Dichosos ustedes los pobres,
porque el reino de Dios les pertenece.

Dichosos ustedes que ahora pasan hambre,
porque serán saciados.

Dichosos ustedes que ahora lloran,
porque luego habrán de reír.

Dichosos ustedes cuando los odien,
cuando los discriminen, los insulten y los desprestigien
por causa del Hijo del hombre.

»Alégrense en aquel día y salten de gozo, pues miren que les espera una gran recompensa en el cielo. Dense cuenta de que los antepasados de esta gente trataron así a los profetas.

»Pero ¡ay de ustedes los ricos,
porque ya han recibido su consuelo!

¡Ay de ustedes los que ahora están saciados,
porque sabrán lo que es pasar hambre!

¡Ay de ustedes los que ahora ríen,
porque sabrán lo que es derramar lágrimas!

¡Ay de ustedes cuando todos los elogien!
Dense cuenta de que los antepasados de esta gente
trataron así a los falsos profetas.

»Pero a ustedes que me escuchan les digo: Amen a sus enemigos, hagan bien a quienes los odian, bendigan a quienes los maldicen, oren por quienes los maltratan. Si alguien te pega en una mejilla, vuélvele también la otra. Si alguien te quita la camisa, no le impidas que se lleve también la capa. Dale a todo el que te pida y, si alguien

se lleva lo que es tuyo, no se lo reclames. Traten a los demás tal y como quieren que ellos los traten a ustedes.

»¿Qué mérito tienen ustedes al amar a quienes los aman? Aun los pecadores lo hacen así. ¿Y qué mérito tienen ustedes al hacer bien a quienes les hacen bien? Aun los pecadores actúan así. ¿Y qué mérito tienen ustedes al dar prestado a quienes pueden corresponderles? Aun los pecadores se prestan entre sí, esperando recibir el mismo trato. Ustedes, por el contrario, amen a sus enemigos, háganles bien y denles prestado sin esperar nada a cambio. Así tendrán una gran recompensa y serán hijos del Altísimo, porque él es bondadoso con los ingratos y malvados. Sean compasivos, así como su Padre es compasivo.

»No juzguen, y no se les juzgará. No condenen, y no se les condenará. Perdonen, y se les perdonará. Den, y se les dará: se les echará en el regazo una medida llena, apretada, sacudida y desbordante. Porque con la medida que midan a otros, se les medirá a ustedes».

También les contó esta parábola: «¿Acaso puede un ciego guiar a otro ciego? ¿No caerán ambos en el hoyo? El discípulo no está por encima de su maestro, pero todo el que haya completado su aprendizaje, a lo sumo llega al nivel de su maestro.

»¿Por qué te fijas en la astilla que tiene tu hermano en el ojo y no le das importancia a la viga que tienes en el tuyo? ¿Cómo puedes decirle a tu hermano: “Hermano, déjame sacarte la astilla del ojo”, cuando tú mismo no te das cuenta de la viga en el tuyo? ¡Hipócrita! Saca primero la viga de tu propio ojo, y entonces verás con claridad para sacar la astilla del ojo de tu hermano.

»Ningún árbol bueno da fruto malo; tampoco da buen fruto el árbol malo. A cada árbol se le reconoce por su propio fruto. No se recogen higos de los espinos ni se cosechan uvas de las zarzas. El que es bueno, de la bondad que atesora en el corazón produce el bien; pero el que es malo, de su maldad produce el mal, porque de lo que abunda en el corazón habla la boca.

»¿Por qué me llaman ustedes “Señor, Señor”, y no hacen lo que les digo? Voy a decirles a quién se parece todo el que viene a mí, y oye mis palabras y las pone en práctica: Se parece a un hombre que, al construir una casa, cavó bien hondo y puso el cimiento sobre la roca. De manera que cuando vino una inundación, el torrente azotó aquella casa, pero no pudo ni siquiera hacerla tambalear porque estaba bien construida. Pero el que oye mis palabras y no las pone en práctica se parece a un hombre que construyó una casa sobre tierra y sin cimientos. Tan pronto como la azotó el torrente, la casa se derrumbó, y el desastre fue terrible».

Cuando terminó de hablar al pueblo, Jesús entró en Capernaúm. Había allí un centurión, cuyo siervo, a quien él estimaba mucho, estaba

enfermo, a punto de morir. Como oyó hablar de Jesús, el centurión mandó a unos dirigentes de los judíos a pedirle que fuera a sanar a su siervo. Cuando llegaron ante Jesús, le rogaron con insistencia:

—Este hombre merece que le concedas lo que te pide: aprecia tanto a nuestra nación que nos ha construido una sinagoga.

Así que Jesús fue con ellos. No estaba lejos de la casa cuando el centurión mandó unos amigos a decirle:

—Señor, no te tomes tanta molestia, pues no merezco que entres bajo mi techo. Por eso ni siquiera me atreví a presentarme ante ti. Pero, con una sola palabra que digas, quedará sano mi siervo. Yo mismo obedezco órdenes superiores y, además, tengo soldados bajo mi autoridad. Le digo a uno: “Ve”, y va, y al otro: “Ven”, y viene. Le digo a mi siervo: “Haz esto”, y lo hace.

Al oírlo, Jesús se asombró de él y, volviéndose a la multitud que lo seguía, comentó:

—Les digo que ni siquiera en Israel he encontrado una fe tan grande.

Al regresar a casa, los enviados encontraron sano al siervo.

Poco después Jesús, en compañía de sus discípulos y de una gran multitud, se dirigió a un pueblo llamado Naín. Cuando ya se acercaba a las puertas del pueblo, vio que sacaban de allí a un muerto, hijo único de madre viuda. La acompañaba un grupo grande de la población. Al verla, el Señor se compadeció de ella y le dijo:

—No llores.

Entonces se acercó y tocó el féretro. Los que lo llevaban se detuvieron, y Jesús dijo:

—Joven, ¡te ordeno que te levantes!

El muerto se incorporó y comenzó a hablar, y Jesús se lo entregó a su madre. Todos se llenaron de temor y alababan a Dios.

—Ha surgido entre nosotros un gran profeta —decían—. Dios ha venido en ayuda de su pueblo.

Así que esta noticia acerca de Jesús se divulgó por toda Judea y por todas las regiones vecinas.

Los discípulos de Juan le contaron todo esto. Él llamó a dos de ellos y los envió al Señor a preguntarle:

—¿Eres tú el que ha de venir, o debemos esperar a otro?

Cuando se acercaron a Jesús, ellos le dijeron:

—Juan el Bautista nos ha enviado a preguntarte: “¿Eres tú el que ha de venir, o debemos esperar a otro?”

En ese mismo momento Jesús sanó a muchos que tenían enfermedades, dolencias y espíritus malignos, y les dio la vista a muchos ciegos. Entonces les respondió a los enviados:

—Vayan y cuéntenle a Juan lo que han visto y oído: Los ciegos ven,

los cojos andan, los que tienen lepra son sanados, los sordos oyen, los muertos resucitan y a los pobres se les anuncian las buenas nuevas. Dichoso el que no tropieza por causa mía.

Cuando se fueron los enviados, Jesús comenzó a hablarle a la multitud acerca de Juan: «¿Qué salieron a ver al desierto? ¿Una caña sacudida por el viento? Si no, ¿qué salieron a ver? ¿A un hombre vestido con ropa fina? Claro que no, pues los que se visten ostentosamente y llevan una vida de lujo están en los palacios reales. Entonces, ¿qué salieron a ver? ¿A un profeta? Sí, les digo, y más que profeta. Este es de quien está escrito:

»“Yo estoy por enviar a mi mensajero delante de ti,
el cual preparará el camino”.

Les digo que entre los mortales no ha habido nadie más grande que Juan; sin embargo, el más pequeño en el reino de Dios es más grande que él».

Al oír esto, todo el pueblo, y hasta los recaudadores de impuestos, reconocieron que el camino de Dios era justo, y fueron bautizados por Juan. Pero los fariseos y los expertos en la ley no se hicieron bautizar por Juan, rechazando así el propósito de Dios respecto a ellos.

«Entonces, ¿con qué puedo comparar a la gente de esta generación? ¿A quién se parecen ellos? Se parecen a niños sentados en la plaza que se gritan unos a otros:

»“Tocamos la flauta,
y ustedes no bailaron;
entonamos un canto fúnebre,
y ustedes no lloraron”.

Porque vino Juan el Bautista, que no comía pan ni bebía vino, y ustedes dicen: “Tiene un demonio”. Vino el Hijo del hombre, que come y bebe, y ustedes dicen: “Este es un glotón y un borracho, amigo de recaudadores de impuestos y de pecadores”. Pero la sabiduría queda demostrada por los que la siguen».

Uno de los fariseos invitó a Jesús a comer, así que fue a la casa del fariseo y se sentó a la mesa. Ahora bien, vivía en aquel pueblo una mujer que tenía fama de pecadora. Cuando ella se enteró de que Jesús estaba comiendo en casa del fariseo, se presentó con un frasco de alabastro lleno de perfume. Llorando, se arrojó a los pies de Jesús, de manera que se los bañaba en lágrimas. Luego se los secó con los cabellos; también se los besaba y se los ungía con el perfume.

Al ver esto, el fariseo que lo había invitado dijo para sí: «Si este hombre fuera profeta, sabría quién es la que lo está tocando, y qué clase de mujer es: una pecadora».

Entonces Jesús le dijo a manera de respuesta:

—Simón, tengo algo que decirte.

—Dime, Maestro —respondió.

—Dos hombres le debían dinero a cierto prestamista. Uno le debía quinientas monedas de plata, y el otro cincuenta. Como no tenían con qué pagarle, les perdonó la deuda a los dos. Ahora bien, ¿cuál de los dos lo amará más?

—Supongo que aquel a quien más le perdonó —contestó Simón.

—Has juzgado bien —le dijo Jesús.

Luego se volvió hacia la mujer y le dijo a Simón:

—¿Ves a esta mujer? Cuando entré en tu casa, no me diste agua para los pies, pero ella me ha bañado los pies en lágrimas y me los ha secado con sus cabellos. Tú no me besaste, pero ella, desde que entré, no ha dejado de besarme los pies. Tú no me ungiste la cabeza con aceite, pero ella me ungió los pies con perfume. Por esto te digo: si ella ha amado mucho, es que sus muchos pecados le han sido perdonados. Pero a quien poco se le perdona, poco ama.

Entonces le dijo Jesús a ella:

—Tus pecados quedan perdonados.

Los otros invitados comenzaron a decir entre sí: «¿Quién es este, que hasta perdona pecados?»

—Tu fe te ha salvado —le dijo Jesús a la mujer—; vete en paz.

Después de esto, Jesús estuvo recorriendo los pueblos y las aldeas, proclamando las buenas nuevas del reino de Dios. Lo acompañaban los doce, y también algunas mujeres que habían sido sanadas de espíritus malignos y de enfermedades: María, a la que llamaban Magdalena, y de la que habían salido siete demonios; Juana, esposa de Cuza, el administrador de Herodes; Susana y muchas más que los ayudaban con sus propios recursos.

De cada pueblo salía gente para ver a Jesús y, cuando se reunió una gran multitud, él les contó esta parábola: «Un sembrador salió a sembrar. Al esparcir la semilla, una parte cayó junto al camino; fue pisoteada, y los pájaros se la comieron. Otra parte cayó sobre las piedras y, cuando brotó, las plantas se secaron por falta de humedad. Otra parte cayó entre espinos que, al crecer junto con la semilla, la ahogaron. Pero otra parte cayó en buen terreno; así que brotó y produjo una cosecha del ciento por uno».

Dicho esto, exclamó: «El que tenga oídos para oír, que oiga».

Sus discípulos le preguntaron cuál era el significado de esta parábola. «A ustedes se les ha concedido que conozcan los secretos del reino de Dios —les contestó—; pero a los demás se les habla por medio de parábolas para que

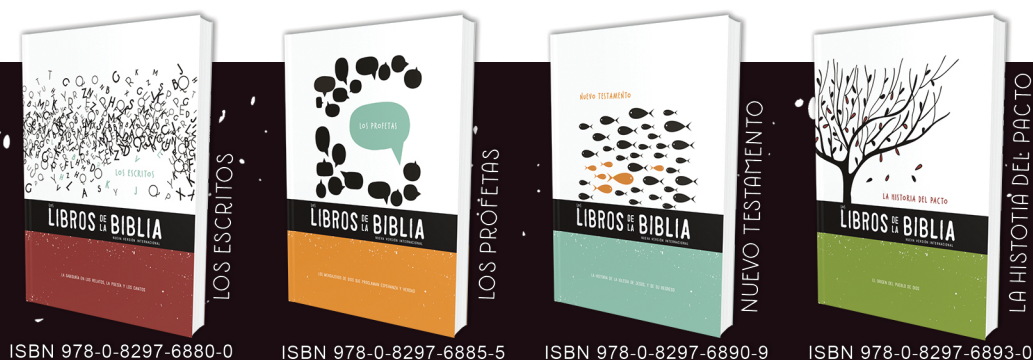
Los LIBROS DE LA BIBLIA

¡LEA E INTERACTÚE CON LAS ESCRITURAS EN UNA FORMA TOTALMENTE NUEVA Y APASIONANTE!

Los Libros de la Biblia es una presentación fresca pero clásica de las Escrituras. Elimina distracciones para permitirle experimentar la Biblia acorde a la intención de los autores originales.

- No contiene números de capítulos ni versículos, notas de estudio, referencias cruzadas, notas al pie de página, ni letra roja.
- Las secciones fluyen de forma natural revelando la estructura del texto.
- Las introducciones a cada libro proveen mayor profundidad en la lectura.
- El formato en una sola columna brinda una experiencia de lectura limpia, simple y elegante.
- La Nueva Versión Internacional es una traducción precisa y clara, a la vez con el fin de proporcionar hoy la misma experiencia de lectura bíblica que tuvieron los primeros receptores de las Escrituras en su lengua original.

www.Experiencia-Biblica.com



Cada Biblia NVI que compras ayuda a la Sociedad Bíblica Internacional a traducir y repartir Biblias a los necesitados a través de todo el mundo. www.biblica.com